

El elefante rosado

Antonino Sánchez Burgos
Centro de Detención del Oeste /Mayaguez
angmarf1969@yahoo.com

Resumen

Intento vaciar un poco el alma de lo acumulado en su interior a lo largo del trayecto que me he visto obligado a recorrer durante 17 años, 3 meses y 3 días. El propósito: despojar al Sistema Carcelario de la máscara que le permite actuar falsamente como una entidad benévola que busca y propicia el bienestar de los que habitan en su interior. Trato de mostrar al menos un poco de su verdadero rostro, despojarlo de su santidad y dejar a la intemperie su maldad y su distanciamiento con la Rehabilitación, propósito original para lo que se creó este Departamento.

Intento llevar los ojos del lector a través a la falta de compromiso que posee el 87% por ciento de los seres que se supone trabajen por salvar al hombre para que no delinque otra vez y lo capaciten para reintegrarlo adentrarlo a la sociedad. Mi voz se alza en el silencio de estas palabras escritas para denunciar que las cárceles no son las entidades curativas que pretenden ser, sino que son un alcantarillado de enfermedades, de esas que ahogan el espíritu y estrangulan el alma hasta que ya no queda cuerpo para habitar. Sí, las cárceles no son el remedio, nunca lo han sido. Solo son un medio para liberarse de un problema inmediato y de enviar propaganda dirigida a lavar el cerebro del pueblo para endiosar al gobierno de turno. El éxito de los gobernantes de nuestro país no se mide con los logros de la generación estudiantil en crecimiento, sino con la aparente baja en la criminalidad, los arrestos y los encarcelamientos prolongados. Su aparente éxito es el fracaso de nuestra sociedad. Más: es el fracaso de nuestra humanidad.

El individuo que delinque no necesita ser condenado, sino educado; no necesita corrección, sino educación. Necesita que se le ayude a destruir las paredes en las que aún creyéndose libre ha estado encerrado. Necesita que se le muestre el universo de posibilidades y alternativas que se le han ocultado. Este escrito tiene el firme y único propósito de gritarle al mundo libre, a los que tienen oídos para escuchar y entendimiento para entender, a aquellos que poseen el poder para generar cambios, que el individuo que delinque, el preso, el prisionero, el convicto, el confinado, pero sobre todo, el Hombre detrás de todos esos nombres, no necesita más cárceles, sino más escuelas con una mejor y verdadera educación.

Palabras Claves: Rehabilitación, Mandato Constitucional, Departamento de Corrección, Almacenamiento Humano, Sistema Carcelario, Criminalidad, Gobierno, Comunidad, Sociedad, Familia, Puerta Giratoria, Reincidencia, Fracaso

Abstract

Through this writing I attempt to empty some of the accumulation my soul has gathered inside along this path I have been forced to go through for 17 years, 3 months and 3 days. The purpose of this essay is to strip the prison system of the mask that has allowed it to disguise itself as a benevolent entity that seeking and promote the well-being of those trapped inside. I try to unmask at least some of its real face, remove its holiness and sanctity, and expose their wickedness and their reluctance to follow through with their own philosophy of rehabilitating the individual.

I attempt to walk the reader down the thorny path that leads to the institution's mishandling of innumerable lives. The prison system is supposed to work to rehabilitate the person who commits an offense and work to help the society that he will one day be reentering. My voice rises in the silence of these written words to denounce that prisons are not the healing entities that they claim to be, they are a sewer of diseases, diseases that choke the spirit and strangle the soul until there is nobody left to dwell in. Yes, prisons are not the remedy, they have never been. They are only a means to get rid of an immediate problem, send brainwashing propaganda to the citizens and exalt the government. The success of our country's leaders is not measured by the achievements of generation growth, but with the apparent decline in crime, arrests, and lengthy prison sentences. Here I show you that their apparent success is the failure of our society, and more than that, it is the failure of our humanity.

The individual who commits an offense doesn't need to be condemned, but educated, does not need correction, but education. While still early in a prisoner's confinement, at risk individuals need help tearing down the walls in which they have been held captive. They need to be shown the universe of possibilities and alternatives that have been deliberately kept from them. This writing has the firm and sole purpose of calling out to the free world; to those who have ears to hear and knowledge to understand, to those who have the power to generate change, that the individual who commits an offense, the prisoner, the culprit, the convict, the confined, but above all, the person behind all those names, does not need any more jails or prisons, but more opportunity for a genuinely thoughtful and compassionate education.

Key words: Rehabilitation, Constitutional Mandate, Department of Corrections and Human Warehouse, Prison System, Crime, Government, Community, Society, Family, Revolving Door, Recidivism and Failure.

La cárcel, la prisión, la tumba, el cementerio de muertos vivos, el almacén de hombres... A este lugar se le ha llamado de mil maneras, pero desde el 4 de febrero de 1998 decidí llamarle mi hogar involuntario, mi templo olvidado, mi casa del dolor. No porque haya algo bueno detrás de sus muros, sino porque aquí he aprendido valiosas lecciones, por ejemplo, que solo se puede mirar claramente hacia arriba cuando se ha llegado al fondo.

Tenía apenas 24 años de edad cuando tuve que abandonar a mis hijas, a su madre, a mi familia y todo lo que consideraba mi vida para sumergirme en este lugar que a marronazos y cinceladas he convertido en una especie de monasterio.

A mi ingreso en esta ciudad de dientes afilados y de muros insensibles, vi cómo el mundo que creía real se desvanecía junto a todo lo que amaba. Ante mi atónita mirada vi un túnel de sombras abrirse; dos de ellas me encadenaron las muñecas y me arrastraron hasta el final de un pasillo donde había una multitud de portones de hierro cerrados. Me llevaron hasta uno de ellos. Su interior estaba oscuro y arriba estaba escrito el número 122.

Aún recuerdo el sonido mecánico del portón de aquella celda de la cárcel Ponce Máxima, mejor conocida como El Monstruo Verde, cuando se cerró tras de mí, para entregarme en los brazos de aquel profundo silencio que habitaba en la más terrible de las soledades. El sonido de la puerta era como un rechinar de metales impuestos para dormir unidos, semejante al gruñir de una bestia hambrienta, molesta por haber sido despertada, acción que se consideraba como una afrenta mayor. Sin embargo, no hubiera estado tan molesta al saber que era para alimentarla. ¡Qué tragedia sería para la bestia cuando se enterara de que aquel alimento fresco que casi era depositado en su boca sería un hueso difícil de roer!

Fui tomado de los brazos y lanzado en la húmeda oscuridad de sus fauces. Sentí el fétido y putrefacto aliento que provenía del estómago de aquella bestia temible, aliento que era producto de los miles de hombres triturados y consumidos por ella, los mismos que hoy se descomponían en su vientre... Hombres que no soportaron la fuerza de las mandíbulas de la bestia y cedieron ante la muerte en vida.

Justo en ese momento dejé de ser quien era, y me convertí en lo que más temía: en un niño sin armaduras y repleto de vulnerabilidades. Me sentí desprotegido, frágil e inerte. A veces uno mismo puede ser su mejor o peor compañía, o su peor enemigo, pero eso no se descubre hasta que toca vivirlo. Desde ese momento en adelante supe que ya nada sería igual.

Me sospechaba que sería un camino muy difícil y que me tocaría recorrerlo solo. Era una batalla de un solo hombre contra el mundo y contra todos los artificios que protegen al sistema. Todo lo que conocía había sido cubierto por una cortina de hierro.

Un mundo totalmente nuevo comenzaba a erigirse ante mi atónita e inexperta mirada en dichos menesteres.

Las preguntas comenzaron a emerger, pero eran preguntas estériles, de esas que no poseen respuestas, o por lo menos no respuestas inmediatas. Comencé a cuestionar varias cosas: mi existencia, la vida que hasta ese momento había llevado - la misma vida que me había llevado a aquel terrible lugar-, el camino recorrido y la falta de sentido en los pasos que había dado pretendiendo llegar a algún destino. Me sentí atrapado entre aquellas paredes que se convertían en molinos y que a su vez se convertían en gigantes. No había perros que ladraran para indicarme que estaba en el camino correcto.

De repente, me vi en el centro de una batalla para la que jamás me había preparado. Lo había hecho para muchas situaciones, incluso para enfrentar la muerte, pero jamás para enfrentarme a mí mismo ni para enfrentarme a esa soledad, mucho menos me había preparado para escuchar mis propios señalamientos y acusaciones. Lamentablemente, a veces nosotros podemos ser nuestros peores jueces y nuestros más crueles verdugos.

Debido a mi impotencia, el blindaje obligatorio que cubría mi corazón para sobrevivir en la calle había perdido su solidez, estaba inerme, en carne viva y a la intemperie, estado perfecto para ser destruido, o intervenido y re-programado por aquellos que ostentan títulos de *rehabilitadores de almas*. Al parecer, la soledad y el silencio de aquel lugar me habían devuelto a mi estado natural para retomar mi viaje con ruta al interior. Sin embargo, el Departamento de Corrección y "REHABILITACIÓN" jamás se percató de cuán vulnerable y susceptible estaba en ese momento, detalle que hubiera sido perfecto para propiciar el inicio de un cambio genuino y duradero.

Al cabo de muchos años de habitar en este lugar, descubrí que el Mandato Constitucional de Rehabilitar al hombre convicto no ocupa un lugar de prioridad en este Sistema Institucional de Detención y Almacenamiento. Me atrevería decir que el mismo es inexistente.

Al no ser atendido como era debido me vi en la obligación de retomar mis armas y mi armadura para proteger al niño temeroso que habitaba en mi interior, pues un niño desprotegido jamás sobreviviría en esta selva donde la testosterona florece de manera silvestre y la violencia se sirve de la misma manera que los alimentos, tres veces al día, fría y no bien cocida.

Dejé mis heridas guardadas bajo el "camastro" y me lancé a la batalla contra las sombras que habitaban en los pasillos de la prisión. Solo existía una alternativa: sobrevivir, sí, sobrevivir hasta que lograra hallar la llave de la puerta que me conduciría de vuelta a la libertad. Desde ese momento entendí que el apellido "REHABILITACIÓN" en el nombre de este Departamento, estaba allí solo con propósitos estéticos, como esos apellidos aristocráticos colocados luego de un nombre común con miras a acentuar la importancia de lo material y ocultar la pobreza de espíritu en el hombre. Dicha palabra al final del nombre del Departamento solo podría compararse con un adorno en un árbol muerto, un árbol seco y sin frutos.

Comprendí que la "REHABILITACIÓN" era un elefante rosado, una quimera, una utopía en las manos inexpertas de los expertos en defraudar al pueblo hasta el punto de hacer desangrar el espíritu. Supe que si quería conocer el verdadero significado de dicha palabra, tendría que hacerlo por cuenta propia. Lograr esta hazaña sería luchar contra las probabilidades, sería desdibujar las gráficas estadísticas y delinear una nueva ruta hacia la meta propuesta. Empezar un viaje de dicha magnitud en este lugar era muy sacrificado debido a que esa ruta es muy solitaria, pues obviamente resultaría más sencillo y cómodo seguir a la multitud y rendirse ante las oscuridades que viven tras el lustroso y colorido emblema del Departamento de Corrección y "REHABILITACIÓN". Sí, sería más fácil actuar como una simple oveja que sigue al pastor sin cuestionar, sin quejarse y sin luchar hasta que ya sea muy tarde y se vea en la puerta que conduce al matadero.

Es obvio que el éxito o fracaso de una persona o institución es medido según los resultados obtenidos en la materia o tarea que le ha sido encomendada. Entonces sería justo pensar que si los resultados no son los esperados debería surgir un cambio

radical en el manejo o conducción del individuo o agencia, en sus políticas o reglamentos, o tal vez la eliminación e instauración de un nuevo modelo que esté más cerca de cumplir con lo requerido.

Veamos entonces, ¿qué logros ha obtenido el sistema carcelario en la disminución de la criminalidad de nuestro país? Ninguno. El mandato constitucional de rehabilitar al individuo no está entre las prioridades de las personas que manejan este circo. Sí, tal vez suene un poco despectivo el término circo, pero ¿de qué otra manera se le podría llamar a un sistema superficial que solo sirve para, de algún modo, manejar la opinión pública, en otras palabras, para mantenerlos entretenidos y venderles la idea de una falsa seguridad? ¿Qué podría esperarse de un sistema de corrección y "REHABILITACIÓN" que no corrige y que, mucho menos, rehabilita? Mucho se habla de la famosa puerta giratoria, de la reincidencia, de los delincuentes habituales, pero ¿qué se ha hecho para erradicar dichos males? Absolutamente nada.

El sistema carcelario es un mecanismo obsoleto que pretende seguir funcionando a base de reglamentos arcaicos que no están atemperados con las necesidades actuales de la sociedad libre ni de los individuos que están en el vientre del mismo sistema, y que en algún momento tendrán que ser expulsados del mismo, pues es una ley física que todo lo que entra, tendrá que salir de alguna manera. Este es un sistema robótico y deshumanizado que solo vela por los intereses propios y su subsistencia, y olvida que su efectividad y su supervivencia dependen de la asequibilidad de lo solicitado y de lo exigido constitucionalmente, o sea, REHABILITAR.

Sin embargo, la ausencia de mentalidades progresistas y de avanzada justifican la existencia permanente de las cárceles sin importar su éxito o fracaso. Las mentalidades punitivas y sin ideas para resolver los problemas de una sociedad en decadencia son las que las perpetúan. Hay quienes piensan que para que la casa luzca limpia se debe ocultar la basura bajo la alfombra, y esa es la función actual de las cárceles: ocultar los males de la sociedad donde nadie los vea, pero ¿qué bien permanente se logra al ocultar el problema? ¿Acaso no sería más conveniente para nosotros y para la sociedad corregir el mal en lugar de ocultarlo? Luce que no; es más

fácil pretender que se está haciendo algo al lanzar a los criminales, a los inadaptados, a todo aquel que consideran lo podrido de la sociedad a una celda por largo tiempo o a veces por el resto de sus vidas con el único propósito de mantener viva una falsa apariencia de seguridad. "Sí, pueden estar tranquilos, los criminales más peligrosos están donde deben estar, en prisión, el pueblo está seguro", esta es la idea que pretenden vender. Lamentablemente, muchos la compran.

Cuestiono: ¿es esto cierto, se sienten más seguros que antes? ¿Están todos los criminales donde deben estar? ¿Ha disminuido la criminalidad debido al encarcelamiento de personas que en algún momento han cometido algún crimen? ¿Están nuestros gobiernos fomentando un ambiente libre de la proliferación de nuevos criminales? Me atrevería adivinar sus respuestas, pero me abstendré de hacerlo y permitiré que su intelecto actúe libremente.

Este sistema carcelario se encuentra muy lejos de funcionar como una entidad rehabilitadora, no porque no posea los recursos económicos para lograrlo, sino porque su enfoque principal es hacia todo lo contrario de lo que es la rehabilitación del individuo. No posee la fe en la bondad que puede radicar en cada corazón humano, ni siquiera tiene fe en su propio sistema de corregir y rehabilitar. Sus gastos principales van dirigidos hacia el pago de nóminas para personas que no poseen un deseo genuino de lograr cambios radicales que conduzcan a vivir vidas dignas en aras de crear y ser parte de un mejor país. El presupuesto está dirigido a mantener una seguridad, innecesaria si existiera una rehabilitación verdadera del individuo. Se invierte en contratos que en nada benefician a los hombres y mujeres que habitan en el lado oscuro del muro.

La función de este lugar debería ser como la de un hospital, esa que propende a la curación de los pacientes. Sin embargo, este es el único hospital en el que los pacientes son dados de alta con peores condiciones que cuando ingresaron. ¿Quién acudiría a un hospital en el que el porcentaje de muertes es mayor al de pacientes recuperados? Es una pena que nosotros, los que habitamos al otro lado de la cerca, no tengamos el poder de escoger el lugar en el que se consumará nuestra reclusión

involuntaria. Por lo tanto, estamos a merced de ser víctimas del "MALPRACTICE" de estos cirujanos de almas. Lejos de la función curativa que este sistema debiera adoptar, lo he visto actuar como un gran monstruo que traga hombres para escupir después sus huesos con marcas de lo que en algún tiempo atrás fueron sueños.

He visto este sistema denigrar al hombre hasta reducirlo a cenizas casi imperceptibles. He visto perecer a los habitantes del lado oscuro del muro en el esfuerzo por vencer sus propias sombras y las impuestas por el sistema. He visto hombres cargar sobre sus espaldas un peso que jamás debieron cargar. He visto tanto y no he visto nada, pues existen cosas innombrables que solo pueden ser reproducidas en el rincón más recóndito de la memoria, y está prohibido verbalizarlas.

La función actual del sistema carcelario, al poseer una mentalidad retrógrada y punitiva, es castigar al hombre o mujer que delinque privándolo de su libertad y alejándolo de los seres que ama. Sí, los delincuentes también aman y poseen la necesidad de sentirse amados. De esta manera el sistema pretende enviar el mensaje, (cuya falsedad conoce muy bien) de que está resolviendo un problema cuando realmente lo que hace es agravarlo: cuando el individuo regresa a su comunidad lo hace con una mente que ha sufrido años de abusos y castigos, lleno de rencores y reclamaciones que lo hacen un ser mucho más peligroso que cuando ingresó al sistema carcelario. Sin embargo, no parecen comprender aún o no quieren aceptar que el encarcelamiento de los individuos que actúan fuera de la ley no ha sido, no es y jamás será la solución.

El encarcelamiento de un individuo que ha violentado las leyes funciona de esta manera: el producto humano es procesado en los tribunales del país en donde es catalogado de calidad inferior, por lo tanto se le considera no apto para permanecer en "la perfecta e impecable sociedad." (Te han pesado, te han medido y definitivamente te hallaron defectuoso. Bienvenido al nuevo mundo... ¡Que Dios te salve si mereces ser salvado!) Luego se le envía a los centros de concentración, perdón, de corrección, en donde se supone el problema sea corregido. Nada más lejos de la verdad. Allí el individuo es recibido, se le entregan productos de primera necesidad para que su

estadía se haga menos difícil. Se le instruye de los diferentes programas de "REHABILITACIÓN" existentes, y de las distintas alternativas que provee el Sistema para la comunicación y el compartir con amigos y con su núcleo familiar, de manera que *bajo ningún concepto el individuo se desvincule de su familia*, ya que dicho vínculo es la médula de la "REHABILITACIÓN". Lamentable que esta no sea la realidad actual; solo imaginaba la posibilidad de un sistema más humanitario y más dispuesto a cumplir con el mandato constitucional de rehabilitar al individuo, razón por la cual fue creado desde un principio.

La realidad es que te lanzan en una pequeña celda de 12 x 8 pies, a veces con los servicios sanitarios inservibles, y en algunas ocasiones tendrás la suerte de que se te entregue un *matress*, tal vez no el más nuevo ni el más oloroso, pero al menos evitará que duermas sobre el frío y duro cemento. El uniforme podría haber sido usado en alguna de las guerras mundiales, pero cumplirá con el requisito básico de cubrir tus pecados originales. De ahí pasas a otra institución para personas sentenciadas hasta que cumplas tu condena, en donde muy pocas veces te beneficiarás de algún programa rehabilitador o de estudios debido a la sobrepoblación penal y a que los recursos económicos existentes son dirigidos a asuntos que nada tienen que ver con la educación ni con la rehabilitación. Solo se ofrece una educación básica y talleres que no están atemperados con la realidad del mundo actual.

La tecnología ha abarcado la mayoría de las regiones del mundo, aun las más recónditas, pero allí gran parte de los reclusos no conocen (me incluyo) ni las funciones básicas de una computadora.

También existe la otra parte, pues los egresados de estas instituciones llevan un sello que aleja a todos, como si se tuviera la peste. Te prepararan para el fracaso, pues ¿de qué vale que tomes todos los estudios del mundo y nadie quiera emplearte a causa de tu expediente criminal?

Saldrás de prisión con muchos deseos de no regresar y no atravesar este suplicio nuevamente, pero con la certeza irremediable de no lograr lo deseado. Al tiempo que se abren las puertas hacia la libertad también se abren las apuestas entre

los compañeros, no sobre si volverás, sino sobre cuánto tiempo tardarás en hacerlo. Esto sin contar con la triste realidad de que, debido al aislamiento institucional que solo permite compartir con la familia solo una hora de visita a la semana, existe una gran probabilidad de que si eras casado al inicio del cumplimiento de tu sentencia, no lo seas al final de la misma y, lo peor: que los hijos del matrimonio tal vez ni se acuerden de ti. Los reglamentos y normas existentes del Departamento tienden a destruir los débiles lazos que mantenían la familia unida antes del encarcelamiento. Es cierto que la mayoría de las personas que habitan en este lugar son responsables por sus actos. Digo la mayoría, porque también existen los inocentes que han tenido que adaptarse a aquello para lo que jamás se prepararon. Las instituciones carcelarias deberían propiciar el fortalecimiento de los vínculos familiares porque estos son el mejor motor para alcanzar una verdadera rehabilitación. Sin una familia, el individuo no tiene nada que perder y será poco probable que quiera efectuar un cambio en su vida por sí y para sí solo. En realidad, este Sistema funciona como una Estructura de Almacenamiento Humano (E.A.H.), donde el ocio se vuelve el peor enemigo del individuo y de sus metas de rehabilitación, si es que alguna vez las tuvo o alguien intentó sembrarlas en él.

Siempre he comparado al individuo encarcelado con un vehículo con desperfectos que se lleva a un taller de mecánica para corregirlos, pero el mecánico se olvida de este y jamás atiende sus fallas. Luego su dueño lo reclama, y el auto se entrega sin haberse reparado. Definitivamente el vehículo tendrá los mismos desperfectos que tenía al principio y algunos adicionales. Así mismo sucede con cada uno de los que allí habitan, a menos que su voluntad sea inquebrantable, evento que escasea en este mundo donde el concreto y el hierro germinan y florecen de forma natural.

Mientras se continúe con el afán de mantener las apariencias de que se está haciendo el trabajo, y lo que realmente se esté haciendo sea ocultar el polvo bajo la alfombra sin contar que en algún momento dicha alfombra tendrá que ser removida, y no habrá cambio alguno en la tasa de criminalidad del país ni en el individuo libre o encarcelado.

La criminalidad actúa como cuando la llave del agua se deja abierta: inunda todas las habitaciones. Nadie sería tan irracional para sacar el agua sin antes haber cerrado el grifo, sería un ejercicio fútil. Sin embargo, es lo que intenta hacer el gobierno. No me refiero solo al de la actualidad, sino a todos los que han tenido el poder de generar cambios y se han quedado de brazos cruzados en espera de que las viejas y obsoletas fórmulas hagan el trabajo.

Por ley natural, todo lo que sube tiene que bajar, y todo lo que entra tiene que salir. Así mismo, en algún momento, los habitantes del lado oscuro del muro tendrán que pasarse al lado de donde emana la luz. Si lo hacen acompañados de las oscuridades que allí invaden, cubrirán el otro lado con sombras y no sería nada alentador. La violencia no es un mal, sino una respuesta a una forma de vida que te encajona, que te pone de espaldas a la pared y te obliga a responder de igual manera, pues la otra alternativa sería dejar de existir. Al ser contagioso, es fatal: como toda enfermedad de esta naturaleza, debe ser tratada y erradicada antes de que el virus sea esparcido a la totalidad de la sociedad humana.

Se supone que en este lugar sean curados los frutos podridos del árbol de la sociedad, pero son desatendidos al punto de caer de sus ramas al fértil suelo, y allí germinan más frutos con las mismas características. Como resultado, los frutos siguen acumulándose y pudriendo a los que tal vez tenían alguna posibilidad de ser catalogados como buenos frutos.

Sin embargo, la realidad es que la enfermedad no está en las ramas del árbol, sino en sus raíces, y dicha enfermedad ha llegado incluso a vestirse con toga mientras sujeta la balanza de la justicia en sus manos. Cuando un poco de dinero y algunas bagatelas pueden comprar la conciencia y el juicio de un hombre de ley, es hora de revisar los cimientos de lo que consideramos nuestra sociedad. "Desgraciada la generación cuyos jueces merecen ser juzgados" (El Talmud).

El problema verdadero no radica en el individuo encarcelado, sino en la sociedad que lo produce. Por lo tanto, crear un sistema efectivo para la cura del individuo y la erradicación del virus es un asunto de todos, ya que ninguno estamos exentos de

convertirnos en víctimas en algún momento, aún en la comodidad de la sala de nuestros hogares. Tomo como ejemplo el lamentable hecho que cobró las vidas de cuatro inocentes en la llamada "Masacre de Guaynabo". Los acusados de los hechos no poseían expedientes delictivos ni reflejaron rasgos de personas capaces de cometer tal barbarie, pero lo hicieron. Para evitar la propaganda negativa, este hecho podría catalogarse como un incidente aislado. Pero la realidad es que estas situaciones son el pan nuestro de cada día. Esto es un claro indicativo de que no todos los criminales están en las cárceles, están también fuera de ella... podrían ser nuestros hijos, nuestro vecino o tal vez nosotros mismos.

Al comparar el nivel de criminalidad en la cárcel con el de la libre comunidad, vemos que en un universo de criminales los acontecimientos violentos ocurren mucho menos que entre la gente que está libre. Incluso, la criminalidad ha tocado las élites de poder del país, por ejemplo, el Sr. Casellas. En el vano intento de deshacerse de la Sra. Paredes, terminó enclaustrado entre el apellido de su esposa, para siempre. En la prisión existen algunas limitaciones, pero el criminal que quiere hacer daño lo hace hasta con sus propias manos.

En la profundidad de la psiquis de la mayoría de los hombres y de las mujeres libres existe el pensamiento que los malos están encarcelados, que todo aquel que está en la prisión es porque lo merece y allí debe quedarse hasta el fin de los tiempos. Siendo honesto, podría decir que algunos jamás tendrán remedio. Pero esos son los menos: la gran mayoría tiene sed de un cambio genuino para su vida. Hace unos días vi el mensaje de un hombre negro que aseguró haber cometido muchos errores en su vida, pero que tuvo la suerte de contar con personas que le dieron múltiples oportunidades cada vez que se equivocaba, y tuvo quienes se ocuparon de enseñarle cómo corregir sus errores... Sí, el Sr. Obama tuvo mucha suerte de que alguien no lo lanzara a prisión por alguna acusación meritoria o no meritoria. El resto de la historia todos la conocemos.

El aislamiento ha demostrado no ser el remedio que alguna vez se consideró efectivo. Lejos de sanar, ha logrado enfermar más al individuo y cargarlo de rencores

que no poseía antes del encarcelamiento. Entre las alternativas existentes, está la educación que pudiera otorgar oportunidades reales en el descubrimiento del potencial que radica en el interior de cada ser humano.

El ingenio creativo del ser humano se pierde entre las alcantarillas de la prisión, mientras los debates de las celebridades del país, de los habitantes de la ciudad de mármol se basan en la intensidad de los colores que los distinguen como miembros de un partido u otro, los mismos partidos que tanto daño nos han hecho al dividir a nuestro pueblo en tribus cuyas únicas diferencias son sus colores e ideales.

Vivimos en un mundo en el que los modelos a seguir para los niños mueren todos los días en las calles, pero ¿qué hacemos para detener este mal? ¿Encarcelar al culpable resolverá el problema? Si la habitación está inundada, ¿no sería mejor y más prudente cerrar la llave de paso antes de pretender sacar el agua?

El sistema se escuda detrás de un emblema de mentiras y de excusas para evitar cumplir con su deber. Soy fruto de esta tierra, y estoy seguro de que aquí hay terreno fértil para provocar cambios, para germinar semillas que generen frutos productivos y permanentes, pero la falta de compromiso e interés no ha resultado ser un abono efectivo. Vivimos en un país de arena en el que nos ubicamos según las olas y el viento nos coloquen, cuando podríamos estar provocando las olas de cambio. Hay un problema que nos afecta profundamente, y debe ser atacado por dos flancos: la raíz y el fruto. En un país como el nuestro, con gente como nosotros, debe haber mucho más que ofrecer, mucho más que dar.

Esto es un asunto de país, no de un sector específico. Esto nos concierne a todos como ciudadanos. El hijo que muere o el que va a prisión de por vida es hijo de todos. No puede creerse que estar prisionero de por vida es más humano que haber muerto en el acto. Una sentencia vitalicia o perpetua es una pena de muerte que se cumple gota a gota, los días son un suero letal y el verdugo es el tiempo. ¿Quién no llorará sobre la sangre de su hijo, mientras haya un juez cometiendo injusticias con los de la clase desventajada al mismo tiempo que le hace favores ilegales a los que tienen el bolsillo lleno, y mientras los políticos trabajen por su bienestar individual y el de su

partido? No seremos libres hasta que nos llenemos de valor para limpiar nuestra casa, nuestro país. De otra forma, la prisión siempre estará sobre nuestra espalda, y muy pesada es una prisión cuando está llena de almas que pudieron haber sido productivas.

Una entidad gubernamental que, como medida de corrección, utilice métodos obsoletos y arcaicos para lograr su objetivo de mantener las apariencias, no merece nada más que desaparecer como ha desaparecido todo lo inútil en la historia de nuestro planeta.

En mi caso fui rescatado por la palabra, pero aún así me encuentro a cada momento con decenas de obstáculos que me impone el mismo sistema para hacer mucho más difícil mi travesía por la literatura.

Un buen amigo dijo una vez que la palabra era capaz de salvar. Yo descubrí que también es capaz de liberar. Pero mientras el ingresar y poseer un libro en la prisión represente un acto prohibido, mientras un prisionero deba solicitar mil permisos para posar sus ojos sobre las obras literarias de los grandes escritores del mundo para con ello generar alternativas de cambio para sí mismo, mientras un prisionero que con deseos de cambio utilice la literatura como arma para la consecución de su meta sea atacado por sus carceleros y privado de trabajar para auto- rehabilitarse, no tenemos mucho que esperar de este Sistema Putrefacto. Una autoridad que no cree en el poder salvador y sanador de la palabra escrita, no es merecedora de ser recipiente de la fe para llevar a cabo lo que constitucionalmente se le ordenó hacer: capacitar y preparar al individuo al otorgarle la mayor cantidad y la mejor calidad de recursos para la consecución de lo que hasta ahora solo ha sido un Elefante Rosado, la REHABILITACIÓN.

La Revista Umbral de la Universidad de Puerto Rico Recinto de Río Piedras está publicada bajo la [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional](#)